

CONTESTACIÓN
de
DON AUGUSTO MIJARES

Señores Académicos:

Señoras y señores:

Buscando el Camino se llamó el primer libro de Mariano Picón Salas y desde entonces toda su labor ha tenido el mismo significado inquietante que auguraba aquella primicia juvenil. Buscar caminos, encontrarse a sí mismo y guiar a los otros, aprender y enseñar, obligarse y también imponer obligación con su vida y con su obra, ambas ejemplares. Tal es la síntesis que se realiza en Picón Salas; y éste es un elogio que vale por muchos.

En ese sentido el estudio que a manera de discurso nos acaba de ofrecer es muy característico. Bien podemos decir que nos ha puesto sobre la mesa de trabajo el mapa de Venezuela; pero nos revela sobre él tantos caminos inexplorados y con tal arte puebla de vivientes interrogaciones las perspectivas y los altos de ese camino, que ya no es un mapa inerte en un gabinete de estudio lo que tenemos ante la vista sino la propia tierra venezolana y el apremio de su vida multiforme; su encanto y su tristeza, y la voz, hecha con tantas voces, de su nacionalidad recién nacida.

Quiero decir también con esto que Mariano Picón Salas es, sin ostentación de patriotería, un recio ejemplo de amor a la Patria, porque sabe buscarla, mediante el trabajo y la meditación, tanto en sus grandes momentos como en los conmovedores pormenores de la vida cotidiana, en el sentido de su epopeya lo mismo que en su folklore o en la observación de las costumbres populares. Patria que para él es problema y pide amor tanto cuando una danza lugareña le sugiere la "historia del pueblo" como cuando la especulación sociológica lo lleva a inquirir "la historia del Estado" o los peculiares conceptos que sobre derecho, familia y economía produce la diversificación geográfica de nuestras Provincias.

Caminos de la Patria; pero, sobre todo, el camino hacia la Patria. Porque para los intelectuales de nuestra generación la Patria nunca ha sido realidad presente y placentera sino tierra por alcanzar y promesa de una fragosa ruta que hemos aceptado por vocación y por deber.

Y no sonrían los malvados ante esta observación que parece precipitada jactancia, ni me pregunten con aire de triunfo cuáles son los peligros que hemos desafiado. La verdad es que en Venezuela son muchos los que han combatido por la Patria pero muy pocos los que han sabido vivir para ella, así como muchas veces ha sido derribada la tiranía y casi nunca fue sustituida por la libertad. En ninguna generación ha faltado el puñado de jóvenes que salieran, heroicos, hacia el sacrificio cruento, pero entre los que sobrevivieron muy pocos supieron comprender que también era preciso —y mucho más fructuoso— continuar en el trabajo para la Patria el mismo sacrificio de la vida.

Sin contar tampoco los renegados de todos los tiempos que en el momento del triunfo sólo recordaron las angustias de la juventud para ponerle precio; y los que quisieron cobrarse en el decoro y en la libertad de todos los riesgos que pretendían haber desafiado por el decoro y por la libertad.

No es necesario contraponer aquellos dos conceptos de la lucha; pero si se hace, ha llegado el momento de valorizar con sinceridad aquel que por ser menos ostentoso sirve de blanco al menosprecio de los fariseos. Siempre hemos dado la preeminencia al gesto empenachado y romántico, pero las decepciones que hemos tocado deben obligarnos a meditar si después de haber glorificado durante un siglo el amor a la Patria no nos toca recomenzar, preguntándonos con más humildad cómo es que debemos amarla.

Pues bien, en esto hay mucho también de interpretación histórica.

Para los Libertadores, que bien o mal comprendidos son todavía maestros ductores porque representan el único momento en que Venezuela estuvo de acuerdo con su propia vida, sin la disparidad entre el pensamiento y los hechos que convirtió después nuestra anarquía política en íntimo proceso de desintegración para los Libertadores, digo, aquellas dos formas de servir a la Patria —lucha o trabajo, combate o convivencia constructiva— jamás dio lugar a dudas, y hasta en lo más duro de la guerra su pensamiento supo elevarse a la obra que les quedaría por hacer para justificar los sacrificios que aceptaban y que imponían; para evidenciar el verdadero ideal que les había obligado a aceptar el camino de la violencia.

Lo expresa el Libertador cuando en 1816 casi se lamenta con estas palabras: "En vano las armas destruirán a los tiranos si no establecemos un orden político capaz de reparar los estragos de la Revolución". Un orden político, esto es, dignidad ciudadana para todos. No, simplemente, destruir la tiranía; más allá, la verdadera obra, el trabajo de afianzar la libertad.

Y en 1827, con evidente injusticia para consigo mismo, piensa que sólo Sucre podrá alcanzar, por sus inigualadas dotes de generosidad y de mesura, la única gloria que considera envidiable: "Diríase, le escribe, que yo he libertado el Nuevo Mundo, pero no se dirá que yo haya perfeccionado la estabilidad y la dicha de ninguna de las naciones que lo componen. Ud., mi querido amigo, es más feliz que yo".

Todo un idearium podría formarse siguiendo en este camino el pensamiento de los más preclaros Libertadores. Pero sólo me permitiré otras dos citas, que por venir de Don Simón Rodríguez son quizás el mejor testimonio: "Bolívar, nos dice, no vio en la dependencia de España oprobio ni vergüenza, como veía el vulgo; sino un obstáculo a los progresos de la sociedad de su país". Severa síntesis de un propósito político de inextinguible devenir, que es lo que hemos debido conservar como herencia de la emancipación.

El mismo Don Simón la completa con esta distinción:

"Alborotar a un pueblo por sorpresa o seducirlo con promesas, es fácil —constituirlo es muy difícil: por un motivo cualquiera se puede emprender lo primero— en las medidas que se toman para lo segundo se descubre si en el *alboroto* o en la *seducción* hubo proyecto; y el proyecto es lo que honra o deshonra los procedimientos —donde no hay proyecto no hay mérito. Hombres arrastrados a una acción por la fuerza de un genio superior o por las circunstancias, no pueden probar que en su cooperación hubo cálculo. Se ha hecho la revolución... en hora buena— ha aparecido el valor, la constancia, el heroísmo... todavía falta mucho para adquirir la *verdadera gloria con que se coronan las empresas políticas*."

Comparemos este estado de ánimo, tan espontáneo y tan firme en los hombres de aquella época, con el que aparece después en los que señorearon la vida pública de estos países y podremos apreciar hasta qué punto lo que debía ser continuación del designio que

dio origen a nuestra nacionalidad, se convierte en parodia; y cómo a su vez la parodia envilece para el juicio público aquel "proyecto" trascendental.

Después de veinte años de sacrificios y de gloria los Libertadores no estaban satisfechos y consideraban que sin el desarrollo ulterior de su obra ésta podría quedar reducida a un *alboroto* afortunado. Por el contrario, ¡con cuánta satisfacción los promotores de nuestros subsiguientes alborotos demagógicos los convierten en causas grandiosas al día siguiente del triunfo; y cómo despliegan cual una bandera esa terrible ingenuidad del malhechor que dilapida jactanciosamente con sus compinches el producto de sus robos porque lo considera premio legítimo de los peligros que ha corrido!

Ya sé, desde luego, que estas derivaciones pasionales se apartan del problema de la interpretación histórica que nos plantea Picón Salas; pero sí se relacionan con él en el sentido de que, ni siquiera dentro de la interpretación política y personalista, la conciencia colectiva de Venezuela ha conservado una apreciación acertada que pudiera servir de partida para nuestra reorganización social y moral.

Séame, pues, permitido añadir esa pequeñísima apostilla a las sagaces observaciones con que Picón Salas nos estimula. Que por lo demás sólo me quedaría, al darle la bienvenida, proclamar con la cordial satisfacción del amigo, pero en estricta justicia, que el acierto de la Academia al llamarlo a su seno ha comenzado desde este momento a dar sus frutos.